

## LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXXVI —

HIDALGO LARA, TOMAS (1867-- 1895). *Juicio Crítico sobre la Historia General de la República del Ecuador*. Imprenta del Clero. Palacio Arzobispal. Carrera Chile, N° 14. Quito, Ecuador, 1913. XIII-81 págs. 15 x 24 ctms.

Don Tomás Hidalgo Lara nació en la ciudad de Pasto, en 1867. Hizo en ella sus estudios de enseñanza primaria y secundaria, y luego se dedicó por su propia cuenta al estudio de la historia y ciencias afines, logrando ser verdadera autoridad en tales materias. Funcionario de instrucción pública, prestó sus servicios lo mismo en su provincia nativa que en otras del Sur de Colombia. Y aprovechó su tiempo libre para escribir obras diversas, entre otras una que intituló *Pasto antiguo y moderno ante Colombia*, de la que solo se conoce el índice, publicado en 1893. La Asamblea del Departamento propició con una modesta subvención esta obra, y, para editarla, viajó Hidalgo Lara a Popayán, donde perdió la vida, en un lance trágico, siendo traidora y cobardemente asesinado el 31 de octubre de 1895, cuando apenas había pasado el umbral de los 28 años.

Con la muerte de Tomás Hidalgo Lara no solo se frustraron las mejores esperanzas que en su talento e ilustración fincaba el Sur de Colombia, sino que se perdieron todas sus obras inéditas, siendo, al parecer, inútiles, las diligencias que se han realizado hasta hoy para encontrarlas. Lo que de Hidalgo Lara se conoce, es únicamente lo poco que logró publicar en su corta vida, en una época en que las dificultades de imprenta eran mayores que las que se presentan en estos tiempos, es decir, innumerables.

El *Juicio Crítico* a que hacemos referencia en estas líneas no abarca la totalidad de la obra histórica de Monseñor González Suárez que, como es sabido, se publicó en ocho gruesos volúmenes, entre los que figura el Atlas arqueológico ecuatoriano. Se limita únicamente al escrutinio de los tres primeros volúmenes de esa *Historia General de la República del Ecuador*. Y constituye aquel una serie de artículos que vio la primera luz en *El Bien Público*, periódico semanal que se editaba en Pasto, por los años de 1894, y nunca el señor Hidalgo pretendió formar volumen con esos es-

critos de polémica histórica. A raíz de tales publicaciones periodísticas, la *Revista Ecuatoriana*, de Quito, redactada por Vicente Pallares Peñafiel, reprodujo, en dos números, los comentarios que Hidalgo había publicado en nueve ediciones del periódico de Pasto. Y muchos años después, en 1913, el propio arzobispo quiteño, González Suárez, propició la edición, en volumen, de los comentarios de su contendor colombiano, con notas y contrarréplicas suyas, sobre las observaciones de Hidalgo.

El pequeño tomo se compone de una Advertencia, debida indudablemente a la pluma de González Suárez; una carta dirigida por este a D. Vicente Pallares Peñafiel, director de la *Revista Ecuatoriana*; del *Juicio Crítico*, de Tomás Hidalgo, que forma el núcleo principal o meollo del libro, y, finalmente, de unas rectificaciones, dieciocho en total, de González Suárez, sobre las opiniones de su contradictor.

González Suárez tenía muy despierta la conciencia de su propio valer. Y sin pecar de vano, orgulloso o soberbio, no daba su brazo a torcer a quien quiera que lo pretendiese, y, por el contrario, defendía con ahinco, con arrolladora vehemencia, sus puntos de vista, como lo comprueban no solo su magnífico libro *Defensa de mi Criterio Histórico*, editado por el Archivo Municipal de Quito, en 1937, (tomo XII de la colección de publicaciones municipales), sino también en sus escritos de polémica cívica o religiosa, en la Carta al Canónigo Alejandro Pasquel, de la diócesis de Ibarra, por ejemplo, de 28 de junio de 1900, o en sus valerosas impugnaciones contra el obispo Ezequiel Moreno Díaz, en relación al Colegio de Tulcán, de don Rosendo Mora, institutor colombiano perseguido por este.

Todo lo cual indica que González Suárez tendría en muy alta estima la personalidad científica de nuestro paisano, el señor Hidalgo Lara, desde que propició la edición, en volumen, del *Juicio Crítico* a que nos estamos refiriendo.

“El autor del Estudio Crítico, —escribe González Suárez— fue el Señor Tomás Hidalgo, colombiano, oriundo de una de las poblaciones del actual departamento de Nariño en la República vecina del Norte. Era el señor Hidalgo persona inteligente, muy consagrado a los estudios históricos, notablemente instruido en diversos ramos del saber humano y escritor distinguido. Mantuvo correspondencia conmigo hasta su muerte, acaecida de un modo desastroso en Popayán el año de 1897...”. (Pág. VI).

En otra parte, al señor Pallares Peñafiel confesábale González Suárez a este propósito: “El trabajo del señor Hidalgo me ha servido no poco, por las atinadas observaciones que hace a ciertos puntos de mi narración...”. (Pág. XII). Y, más adelante: “El señor Hidalgo, en atención a su juventud, merece disculpa por las alabanzas no solo inmerecidas sino exageradas, que, al juzgar la *Historia General del Ecuador*, me ha prodigado: su pluma, de veras culta y caballerosa, no ha trazado una observación sino después de haber escrito una alabanza: de mi parte le estoy agradecido más por sus reflexiones críticas, que por sus encomios: con las primeras ha prestado un servicio a las letras ecuatorianas; de los segundos me confieso inmerecedor...”. (Pág. XIII).

Nadie, medianamente enterado de la historiografía americana, ignora las calidades insignes de la *Historia General del Ecuador*, de González Suárez, ni desconoce los hitos más señalados de su meritoria vida de Jefe de la Iglesia ecuatoriana en los primeros lustros de este siglo.

González Suárez nació en Quito, el 12 de abril de 1844. Su padre, don Manuel María González, fue un honrado y modesto ciudadano colombiano, que emigró al Ecuador y fundó allá su hogar, con la señora María de las Mercedes Suárez, y a quien los quiteños conocían con el remoquete de “El Pastuso González”. El arzobispo, en sus *Memorias Intimas* (Quito, 1931), le consagra un entrañable recuerdo, en estos términos: “Siendo yo todavía muy niño, se ausentó de Quito mi padre y regresó a Colombia, su patria, donde tenía varios hermanos y numerosa parentela. Era mi padre el último de todos los hermanos, carecía absolutamente de bienes de fortuna, y, además, principiaba a sentir algunos síntomas, por los cuales temía haber contraído la triste enfermedad de la elefancia. Yo no conocí, pues, a mi padre, ni tengo recuerdo alguno de él: dicen que era de fisonomía gallarda y hermosa. Mi familia paterna era oriunda toda de España y vivía en Colombia, a donde había venido el fundador o padre de ella, en el siglo pasado. Mi padre arrastró en Colombia una existencia dolorosa, de pocos años: enfermo, abandonado de los suyos y en suma pobreza. Los últimos días los pasó en la resignación cristiana, y espero que una alma para la cual abundaron en este mundo las tribulaciones, encontraría en el otro una abundancia mayor de divinas misericordias. No he podido descubrir con seguridad ni el año, ni el día, ni el lugar de su fallecimiento: el lugar donde reposan sus restos mortales me es del todo desconocido. Donde quiera que yazgan sepultados, aguardan la resurrección de la carne, para unirse de nuevo con una alma que salió de este mundo con la esperanza de la inmortalidad...!”. (Pág. 12).

Cierto que años más tarde, al revisar González Suárez sus *Memorias*, el día de San Andrés, último y luctuoso día de noviembre de 1909, en que advirtió que no encontraba nada qué retractar en sus apuntes, quiso adicionarlos con este episodio: “Puedo añadir una circunstancia, y es el recuerdo que conservo de la última despedida de mi padre. Una mañana entró al cuarto en que vivía mi mamá: yo me hallaba con ella: mi padre estaba vestido con poncho y calzones de montar y con sombrero; se sentó en una silla, y, mientras conversaba un momento con mi madre, me estuvo acariciándome a mí; mi padre me paró a mí delante de él y me puso entre sus rodillas. Luego entró una muchacha, me tomó en brazos y me sacó a la calle: cuando regresamos a casa, ya mi padre había partido... Lo volveré a ver en la eternidad...”. (Pág. 34).

La preparación documental de la *Historia General del Ecuador* fue para González Suárez por todo extremo concienzuda y laboriosa. No contento con haber agotado la revisión de los archivos del Ecuador, viajó a Europa, en busca de las fuentes primigenias para sus noticias. “Como mi viaje a España no tenía otro objeto que el de estudiar documentos para mi *Historia General del Ecuador*, —dice en sus *Memorias*—, residí más largo tiempo en Sevilla, donde se conserva el famoso Archivo Real de Indias; permanecí en Madrid algunos meses; fui a Alcalá de Henares y a Simancas; visité entrambas Castillas, las Vascongadas, Aragón, parte de Navarra y

el Reino de Granada. Otra vez recorrí la Francia, regresé a España, pasé a Portugal y en Lisboa me embarqué para América, con rumbo al Brasil. Recorrí gran parte de la América Meridional y entré en Guayaquil viniendo de las costas del Perú. Conocí Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, Santiago, Lima y algunas otras ciudades principalmente de la Argentina...". (Pág. 32). Todo esto, naturalmente, en vía de estudio.

Pero no es todo. A la investigación de los archivos, siguió la de los lugares notables de la prehistoria ecuatoriana, y la adquisición y estudio de copiosos volúmenes americanistas. ¡Ah! Y el tener que afrontar las envidias y persecuciones de prelados, priores y frailes extranjeros, principalmente, que miraban con desvío la labor del sabio ecuatoriano, pretendiendo, en vano, contrarrestarla. El propio arzobispo lo recuerda cuando dice: "Mis trabajos para estudiar la época primera, las de las tribus indígenas, duraron más de veinte años continuos: tropecé con obstáculos, al parecer insuperables; encontré dificultades de todo género y me salieron al encuentro estorbos que no había previsto. Se me condenó como a sacerdote disipado, porque, dejando de estudiar la Teología, me dedicaba a estudios profanos: se me atribuyó una insaciable codicia, y no se explicaban de otro modo mis viajes y mis exploraciones en busca de los objetos de los indígenas antiguos. El único libro de arqueología americana que se encontraba entonces en el Ecuador era el de Humboldt: las *Vistas y Sitios de las Cordilleras*: fui, pues, libro por libro, obra por obra, formando poco a poco, paso a paso, una biblioteca americanista, sin reparar en gastos ni acobardarme por sacrificios. Me condené a una vida de mucha pobreza y de privaciones, a fin de conseguir las obras costosísimas que necesitaba, y logré mi intento... Cuando terminé esta parte, poseía ya una muy selecta y abundante colección de libros sobre América: ahí, en esa colección, estaba sepultada toda mi fortuna, y me veía con una rica biblioteca y sin tener cómo arreglar en mi casa un local seguro donde colocarla. Apenas contaba con lo necesario para mi modesta subsistencia!...". (Págs. 64-65).

Hace referencia lo anteriormente transcrito con las vicisitudes que tuvo que vencer el autor para dar cima únicamente a lo concerniente a sus estudios y redacción de la prehistoria y la conquista en el Ecuador.

"La parte relativa a la Colonia, —añade—, me costó la pérdida casi completa de todos mis dientes y muelas, y la debilitación considerable de la vista: sufrí a menudo intensos dolores de cabeza, fluxiones a la cara y a las mandíbulas y extenuación de estómago. El polvo de los archivos y la lectura de documentos, los viajes y la constante ocupación en el estudio, con la pluma en la mano, acabaron con mi salud...".

Y ya culminada completamente su labor histórica, ciclópea en realidad, confesaba el autor, sin tratar de ocultar su satisfacción: "Es increíble lo mucho que puede la constancia en el trabajo: yo no he perdido una hora de tiempo, y una de mis mayores contradicciones ha sido la de las visitas, sobre todo cuando estas eran largas e inoportunas... Yo mismo he copiado, con mi propia mano, varios documentos: yo mismo, con mi propia mano, he extractado muchísimos. Yo mismo, de mi propio puño, he redactado los originales y yo mismo, en persona, he corregido las pruebas de imprenta, y he dirigido la edición...". (Pág. 66).

Obra de tan singulares características, verdadero monumento de ciencia y valentía, de patriotismo y amor a la verdad, de noble estilo y castizo lenguaje, no solo fue objeto de reparos en el campo histórico, sino de denuestos, acusaciones y anatemas, como los que recibió González Suárez de prelados extranjeros, como Massiá, Pedro Schúmacher, Moreno Díaz y otros, y como los que suscribieron, en exposición a la Santa Sede, el 14 de octubre de 1912, los priores de las principales comunidades quiteñas de entonces, los dominicanos Ceslao María Moreno y Tomás Racines, los franciscanos José María Aguirre y Antonio María Argelich, los agustinos Valentín Iglesias y Egidio Garzón, entre otros, deseosos de malquistarlo ante el Papa para impedir que fuese nombrado Visitador Apostólico Extraordinario, por no querer someterse a la supervigilancia del arzobispo quiteño, y, lo que más les interesaba, para que no se le confiara la administración de los bienes de esas comunidades.

De todos ellos, naturalmente, triunfó González Suárez, con su probidad y su ciencia. Y a favor suyo ha confirmado la posteridad su veredicto, magnificando su nombre como una de las auténticas glorias de América, en la constelación de insignes representativos del pensamiento y de las letras del Ecuador, al par de Olmedo y de Juan Montalvo, lo que no es poco decir.

El *Juicio Crítico* de Hidalgo Lara a propósito de la *Historia* de González Suárez toca con diversos puntos de erudición histórica.

Pone en duda el escritor colombiano que el publicista del Ecuador conociese las obras de Soutalh, de Lubbock, de Tylor, de Max. Uhle y de otros americanistas notables, no obstante reconocer la aplastante erudición de González Suárez. (Pág. 5). A lo que responde el historiador quiteño que las obras de Lubbock y de Tylor, que Hidalgo echaba de menos en el texto de aquel, estaban ya citadas en el tomo primero de su obra, y le cita la página en que lo había hecho.

Observación interesante formuló Hidalgo Lara acerca de la comarca hasta donde llegaron por el Norte las conquistas de los Incas del Perú. Y muéstrase en desacuerdo con González Suárez el historiador nariñense, en la afirmación de que los hijos del Sol habían extendido su imperio "hasta el río Mayo por el lado del Norte, en Colombia". (Pág. 7).

Hidalgo pretende que los Incas solo alcanzaron las riberas del Angasmayu, río del águila, en el actual municipio de Funes, en las tierras meridionales de Nariño. Y aduce diversas consideraciones, no muy convincentes a nuestro entender, para defender su punto de vista. (Págs. 8 y 9).

Lo raro es que González Suárez accede a confesar haber incurrido en un error, y dice: "Esta observación no puede ser más justa ni más fundada: se la agradecemos, de corazón, al señor Hidalgo, declarando que nosotros nunca hemos creído que las conquistas de los Incas llegaran más allá del Angasmayo, límite determinado por Cieza de León y por todos los historiadores: confesamos, pues, lisa y llanamente, que en ese punto hay en el tomo primero de nuestra *Historia General del Ecuador* un error sustancial, el cual consiste en haber impreso *hasta el río Mayo*, cuando debió haberse dicho *hasta el río Angasmayo*... Solamente haremos notar que, si nosotros hubiéramos creído que los Incas llegaron conquistando hasta

el Mayo, habríamos escrito que su Reino comprendía una *buena parte* del territorio del Sur de Colombia, y no simplemente *parte*, como se lee en nuestra Historia. No obstante la equivocación es equivocación; la confesamos...". (Págs. 65-66).

Lo curioso es que tan equivocado estaba González Suárez cuando involuntariamente dijo que los Incas llegaron hasta el Mayo, como lo estuvo, y con él Hidalgo, cuando rectificó para asegurar que solo alcanzaron en su expansión imperialista hacia el Norte, hasta las lindes del Angasmayo, equivocándose, con ello, más todavía. Pues parece cosa fuera de toda duda que los Incas cubrieron en sus conquistas casi todo el actual territorio nariñense, y parte del de la Comisaría del Putumayo, llegando quizá hasta los confines meridionales del Huila, es decir, al área territorial de la antigua civilización agustiniana.

Glosas de muy relativa importancia son las que Hidalgo Lara anotó al margen de la fecha de fundación de Quito, que, según él, no es otra que el 26 de agosto de 1534, y en torno a las de las expediciones de Belalcázar al Norte del Ecuador.

González Suárez había escrito que la primera salida de Quito para el Norte la verificó Belalcázar en el año siguiente al de la fundación de esa ciudad; que volvió a ella en julio de 1537 y en agosto de ese mismo año salió para su segunda expedición para esas mismas provincias que ya tenía visitadas y exploradas.

Hidalgo Lara manifiesta estar de acuerdo en que la primera expedición de Belalcázar a las regiones meridionales de Colombia se verificó en 1535, sin que hubiera dificultad, en su sentir, en fijar su salida de Quito en el mes de enero de ese año. Pero en cuanto a la segunda, el historiador pastense, de acuerdo con Fray Pedro Simón y Acosta, cree que Belalcázar llegó a Popayán en mayo de 1538, lo que hace presumir que el conquistador saldría de Quito en marzo o en abril de ese año. Y añade, con base en el testimonio de aquellos, que Belalcázar pasó todo el año de 1537 en Quito ya que solo llegó a Popayán en mayo del 38, seguido de más de mil yanacunas, o indios que estaban a su servicio. Asimismo glosa algunos datos globales suministrados por González Suárez a propósito del viaje a España de Belalcázar, con otras observaciones de menor interés.

González Suárez replica victoriosamente, a nuestro entender, estas glosas de su contendor, como puede verse en las notas pertinentes. (Págs. 66 y siguientes).

Hay una observación de Hidalgo Lara, empero, la relativa a la famosa rebelión de las Alcabalas, (1592-1593), que no fue satisfactoriamente respondida por González Suárez, quien dijo al respecto: "De los alcaldes de la ciudad hubo uno que estuvo siempre de parte de los Oidores: este fue don Pedro García de Vargas. Don Diego López de Zúñiga, Regidor de los indígenas de esta Provincia del centro y don Pedro Ponce Castillejo fueron asimismo premiados por su adhesión a la Audiencia en esta circunstancia...".

Hidalgo Lara, con toda razón, comenta: "En esta parte, parece que el historiador ecuatoriano no dijo toda la verdad. En efecto: en el informe

que los miembros del Cabildo de Pasto dirigieron a don Pablo Morillo en 13 de octubre de 1816, tratando exprofeso de la antigua fidelidad de los pastusos al Rey de España, menciona lo que sigue: "Sobre la gracia propuesta, deseábamos la libertad del ramo de Alcabalas de nuestras producciones y pequeño comercio activo. Este indulto lo gozábamos en la antigüedad, porque habiendo Quito resistido al establecimiento de este ramo primordial del Reino, cooperaron nuestros padres a su castigo, de que resultó el privilegio de no pagarlo nosotros y la distinción de que los dos primeros alcaldes ordinarios de que Quito había sido privado por su inobediencia fuesen los hijos de Pasto, como en efecto pasaron a serlo, don Diego Ponce de León y don Salvador Guerrero, cuyos hijos fueron los Condes de Selva-Florida, de modo que ha sido esta la ocasión primera en que Pasto ha manifestado su fidelidad; pero perdido el documento de la gracia por la negligencia de los archivos, hemos vuelto a pagar de algún tiempo a esta parte". (Inédito en el Archivo del Consejo Municipal de Pasto. Año 1816). El capitán Juan Mogollón de Obando, partió efectivamente de Pasto con una pequeña fuerza en auxilio de los Oidores para debelar la insurrección; y se ha creído siempre entre nosotros y aún se ha escrito que los Condes de Selva-Florida fueron originarios de Pasto; y como nadie nos ha contradicho, es seguro el dato suministrado por el Cabildo. Sería de desear, al menos, que el señor doctor Suárez lo contradijera, caso de ser falso, fundándose siempre en documentos auténticos, para saber a qué atenerse en esta materia...". (Págs. 17-19).

No logró González Suárez, en nuestro sentir, acreditar la falsedad del documento exhibido por Hidalgo Lara, y sus explicaciones al respecto (Págs. 72 y siguientes) son las menos convincentes y las más endeble de las que formuló para contestar al historiador nariñense. A tal punto que llegó a decir, en forma totalmente gratuita, que "en esta observación del señor Hidalgo hay cierta falta de delicadeza, y, sin duda, hemos de atribuírle a su celo por las glorias de Pasto; aunque esas glorias no han sido defraudadas ni en lo más mínimo en nuestra Historia...", como si fuera alguna vez lícito callar la verdad, o no enunciarla completamente, por temor a herir susceptibilidades. Posición tanto más extraña cuanto que jamás la aceptó ni puso en práctica González Suárez, ni como historiador, ni como prelado, ni como hombre, puesto que es la sinceridad, la veracidad y la valentía lo más destacado de sus características.

Parece que eran la arqueología y la etnología los fuertes de Hidalgo Lara. Al menos, en su *Juicio Crítico*, las observaciones sobre tales materias son las más interesantes y medulares. Y aún ahora no han perdido actualidad sus interrogantes acerca de cuáles eran las principales naciones indígenas del Ecuador con anterioridad a la conquista de los españoles; qué nos dice la filología sobre los orígenes, procedencia y parentesco de tales pueblos, y de otros precolombinos en América; qué parentesco filológico puede asignarse al quichua con los idiomas árabe y pérsico; qué se puede deducir de las características del idioma coche que se habla en Sibundoy, etc., etc.

Sobre las ideas religiosas de los aborígenes del Ecuador y de otras naciones precolombinas americanas, Hidalgo Lara parécenos que deja volar la imaginación más de la cuenta, dando crédito a todo linaje de fan-

tasías que al respecto andaban por entonces muy validas. Lo cual puede decirse también sobre sus hipótesis acerca de la procedencia del hombre americano, muy revaluadas ya en nuestros días, a favor de las conclusiones de investigadores de este siglo vigésimo.

Ni en la *Defensa de mi Criterio Histórico*, que se comenzó a escribir en 1895 y se le dio la última mano en 1911, ni en las *Memorias Intimas*, redactadas también entre 1895 y 1909, hace González Suárez la menor alusión a la polémica que le planteó Tomás Hidalgo Lara desde las columnas del periódico nariñense *El Bien Público*, en 1894. Al lector vulgar pudiera parecerle aquello como la prueba de que no le daba el historiador quiteño la menor importancia. Pero la reproducción de esa polémica, en volumen, propiciada por el propio González Suárez, en 1913, con las cartas que la preceden y la contrarréplica que la sigue, está demostrando todo lo contrario. Este libro de Hidalgo Lara no ha tenido, al parecer, mayor circulación en Colombia, y puede reputárselo entre nosotros como una rareza bibliográfica. El ejemplar que conservamos en nuestra biblioteca particular lo debemos a la generosidad del insuperable y cultísimo cónsul general de Colombia en Quito, doctor Carlos C. Acosta, avezado conocedor de la Bibliografía colombiana.